

la conducción. Ante este hecho surge, inevitablemente, el problema de si la necesidad de dependencia identifica al conductor con los conducidos. Por de pronto, en los grupos «no-formales» se verifica regularmente esta identificación, por la cual el conductor reemplaza los valores del grupo. En los grupos formales esto no se verifica; no obstante, se puede llegar, mediatamente, a una identificación, que es lo que da origen al problema de la legitimación que el dominio proporciona. Es interesante al respecto la obra de William Foote Whyte *Street Corner Society*.

El estudio de la conducción reclama distinguir dos dimensiones que no son independientes la una de la otra: poder y prestigio. En los grupos «no-formales» no hay que olvidar la conducción «carismática». Muchas veces se suele atribuir esto al medio de poder (dominio por el terror) y no al prestigio del portador del poder. Apartándose de este ejemplo fronterizo se puede sostener que poder y prestigio se acumulan. Un buen ejemplo se puede sacar de la burocracia moderna en donde se puede adquirir prestigio por el poder. Sobre las relaciones entre prestigio y poder ya han llamado la atención Lloyd Warner y J. O. Low.

No obstante, el problema fundamental que se le presenta a la moderna sociología de la conducción es el de las presunciones, diferencias y apariciones de la sucesión de la conducción democrática y autocrática. Se han hecho, al respecto, diversos estudios en donde se destaca que la conducción democrática muestra mayor originalidad, mientras que la autocrática conduce a una pérdida de la individualidad y a una apatía. También ha mostrado más efectividad en lo que respecta a la solidaridad del grupo y a la moral del mismo. Un ejemplo curioso, de índole psicológico, lo da el uso de las palabras «yo» y «nosotros». Por su parte, los grupos de conducción autocrática han mostrado una más fuerte dependencia del conductor con el grupo y una más clara conducta sometida, así como una agresividad más abierta y escondida contra el conductor del grupo, contra los camaradas y contra los útiles de trabajo. Los experimentos se han extendido a la interrupción de la actividad, a la disciplina, etc. El hecho de que casi todos estos experimentos se hayan desarrollado en Norteamérica crea inme-

diatamente la duda si se podrían lograr iguales resultados en países con atmósfera menos democrática. No obstante, se puede ver que la conducción democrática se ha mostrado más efectiva.

El problema general de la conducción nos muestra que la conducción integra más fuertemente el grupo y sirve para que se lleven a cabo los fines propuestos por el grupo con mayor facilidad. Pero así como la conducción lleva a un fortalecimiento del grupo, crea también una serie de conflictos. Por ejemplo, la pérdida del prestigio puede llevar a la rebelión. Un problema que también se ha presentado es el de la predestinación de ciertos hombres a la conducción (Alex Confort, *Authority and Delinquency in the modern State*) y el muy interesante de los agitadores políticos (demagogos). Con respecto a éstos se ha podido observar que aparecen siempre en una masa flotante de descontentos; es el punto de cristalización peligrosa de una masa de descontentos que dirige su acción principalmente, al principio, contra una pequeña minoría. Entre otras características se ha podido observar en el demagogo su actividad y su agresividad incontrolada contra pequeñas minorías.

Como conclusión se podría decir que toda la sociología de la conducción está estrechamente ligada a la sociología de los grupos y no puede ser separada de ella. No obstante no haberse unificado los criterios generales, existen actualmente muchos indicios traídos por las nuevas investigaciones que hacen posible un enfrentamiento con la sociología de la conducción de un modo científico.—JUAN CARLOS AGULLA.

BROOM (L.), SIEGEL (B. J.), VOGT (E. Z.) y WATSON (J. B.): *Acculturation: An Exploratory Formulation. The Social Science Research Council Summer Seminar on Acculturation, 1953*, en «American Anthropologist», volumen 56, núm. 6, part. 1, diciembre 1954, págs. 973-1.002.

Se trata de los resultados de un Seminario celebrado por el Consejo de Investigaciones para las ciencias sociales en el verano de 1953 en la Stanford University, cuyos resultados formulan cuatro de sus asistentes, tres antropólogos: B. J. Siegen, E. Z. Vogt, y J. B. Watson, y un sociólogo, L. Broom.

El quinto participante, que no interviene en la redacción, fué H. G. Barnett. Durante el curso del seminario se evacuaron consultas a J. B. Casagrande, A. L. Kroeber, G. Bateson y G. D. Spindler. Repórter fué Rose Wax. Es, pues, un trabajo conjunto del mayor interés.

Aculturación se define como «un cambio cultural iniciado por la conjunción de dos o más sistemas culturales autónomos». Un sistema cultural autónomo es el que no necesita conexión complementaria, recíproca, subordinada o de cualquier otra clase con un segundo sistema. Tales unidades son sistema porque sus partes están coordinadas e interdependientes. De estas unidades, puestas en contacto, resulta el proceso. Los fenómenos intraculturales, por muy importantes que sean, no entran en la noción mencionada. De aquí que los problemas fundamentales a considerar son: la noción de sistema cultural; la situación del contacto entre los sistemas culturales; el análisis de las relaciones de conexión establecidas por los sistemas culturales en contacto, y el estudio del proceso cultural que resulta de la conjunción de los sistemas. Problema fundamental es el primero. Si pudiéramos caracterizar las propiedades de un sistema autónomo seríamos capaces de predecir lo que iba a suceder cuando se pusiera en contacto con otros sistemas. Los autores se han limitado a subrayar varias diferencias: sistemas «abiertos» y «cerrados»; sistemas internamente rígidos y flexibles; sistemas diferentes por su mecanismo de propia corrección o adaptación. Respecto al segundo punto, o sea a la situación de contacto entre las culturas, se estudian principalmente dos factores: uno, el contexto ecológico, y otro, las características demográficas de los respectivos pueblos, cuyas culturas se ponen en contacto. Muy interesante es la observación que se hace respecto a los australianos aborígenes, como un ejemplo de hasta qué punto el medio puede afectar los fenómenos de aculturación. «La acomodación de los australianos aborígenes respecto al desierto no fué mejorada por la cultura europea. La influencia occidental produjo sólo la dislocación, y el éxito de Occidente en la dominación del desierto no ha excedido materialmente al de los aborígenes». En tercer lugar, los autores estudian los tipos de relaciones de conexión que se

pueden establecer entre las dos culturas. Téngase en cuenta que los contactos se establecen a través de los portadores de las culturas en cuestión, y es interesante examinar los «rôles» que pueden adoptar en las culturas en cuestión. Los autores del artículo llaman a este aspecto: «The intercultural rôle network». Tal nexo provee de líneas de comunicación y transmisión, que son estudiadas a continuación. Como última cuestión, se consideran los procesos de aculturación. Los efectos particulares del contacto de dos culturas dependen de los modos de cambio interno que existieran anteriormente en la cultura en cuestión junto a los factores reseñados. Pueden considerarse varios puntos: la difusión de los elementos culturales; la capacidad de creación de la cultura que los recibe; los efectos desintegradores que pueden seguir al contacto; las reacciones de adaptación. Con unas notas sobre personalidad y aculturación y lenguaje y aculturación, termina la importante contribución de estos autores a uno de los problemas más destacados de la antropología y sociología actuales.—E. G. A.

STERN (Bernhard J.): *Freedom of research in American Science*, en «Science and Society», vol. XVIII, núm. 2, primavera 1954 (págs. 97-122).

La participación del gobierno federal en la investigación científica encontró una vigorosa oposición desde sus comienzos. Las causas de esta resistencia eran muchas. América, rica en recursos naturales y humanos, tenía poca paciencia para soportar la lentitud de los científicos; era un lugar común que el servicio público acarreaba consigo la corrupción, el control político y la incompetencia. La manera que prevaleció en el país fué un *laissez faire* saturado de anti-intelectualismo.

El primer químico de carrera empleado en la industria americana del petróleo lo fué hace menos de sesenta y cinco años. Hasta 1894, fecha de la fundación del *General Electric Research Laboratory*, no existió ni un solo laboratorio industrial en el país dedicado a la investigación fundamental. La primera gran guerra estimuló considerablemente la investigación experimental sobre todo en el campo de la química.